

© DRA. MIRIAM
YVONN
MÁRQUEZ
BARRAGÁN

• Doctora en Lenguas y Literaturas Romances por la Universidad de Cincinnati.

• Maestra en Literatura Mexicana por la BUAP.

• Escribe cuento y ensayo. Ha trabajado también como periodista.

• Actualmente es profesora de tiempo completo del Departamento de Literatura, Humanidades e Historia del Arte y coordina el Centro para el Aprendizaje de la Escritura Académica y el Pensamiento Crítico (CAEAPC) en la Universidad de las Américas Puebla.

QUE EL ARTE NOS SANE

y nos salve

En *El retrato de Dorian Gray*, Oscar Wilde escribió que «todo arte es completamente inútil», pues visto desde el lado práctico, no podemos atribuirle ninguna cualidad. Sin embargo, el arte es tan necesario en nuestras vidas que no es posible mirar nuestra experiencia humana sin enmarcarla en el lenguaje y las formas artísticas. Es verdad que no hay utilidad en el arte en sí mismo, pero hay algo que éste promueve por sobre otros ámbitos y es su capacidad de tocar las fibras más profundas de las personas, comunicar los sentimientos y sensibilidades, lo que verdaderamente trasciende al tiempo.

Es por ello que el arte en la actualidad ha cobrado un nuevo entendimiento, colocándose en ámbitos en los que antes serían considerados opuestos, como los entornos organizacionales. Hace apenas unas décadas, por ejemplo, las profesiones artísticas eran vistas como decisiones sin futuro, al menos, desde el punto de vista económico. Pero hoy nos damos cuenta de su crucial necesidad, la misma que nadie sabe a ciencia cierta cuál es y en qué consiste. Sin embargo, en ese misterio radica su profundo valor, y es la razón por la que, en su ausencia, sin entender por qué, también se echa de menos. La idea de que el arte es un accesorio o un lujo está cambiando para transformarse en algo que nos lleva a niveles de pensamiento y reflexión en consonancia con nuestras emociones y sentimientos.

Las culturas empresariales han ido añadiendo a sus filosofías una serie de valores para mejorar el entorno laboral, pues se ha comprobado que un ambiente estimulante es más propicio para la creatividad, y, por lo tanto, para el trabajo. Hay quien asegura que



El arte es nuestra gran ventana abierta: luz, misterio e imaginación. Y lo necesitamos para ser felices.

un lugar con un toque artístico, agradable y con buena iluminación, además de mostrar una buena imagen empresarial, logra una reducción del estrés y el aumento de la proactividad. Y más allá: el arte y las actividades culturales tiene una función sanadora, dice Patricia Fernández Martín, para *El País*, donde refiere que la Oficina para la Región Europea de la Organización Mundial de la Salud explicó los beneficios para la salud de las prácticas artísticas respaldado con tres mil estudios científicos, e incluso «La OMS ha instado a los gobiernos europeos a introducir las artes en sus políticas de salud y bienestar», señala la autora.

Por otro lado, la capacidad del arte va más allá de la mejora anímica: ver una obra que conecta con nuestra interioridad, es capaz de inspirarnos y movernos al lado creativo. Muchas empresas de tecnología, como Apple, Samsung o Sony estiman en mucho la creatividad como parte de su marca. Es más, puede decirse que sus productos tocan lo bello y estético más allá de su sentido útil. Lamentablemente muchos entornos laborales son los lugares donde más gente se deprime porque no logra sus expectativas y metas o porque termina con el síndrome del *burnout* afectando su vida personal y familiar.

Y es que la posibilidad de crear algo genera en los seres humanos una energía vital inigualable, capaz de mover en nosotros una búsqueda particular en las cosas. Aunque se plantea que el arte es un buen motor de la productividad, considero que sus virtudes trascienden lo tangible y práctico porque requiere inteligencia para apreciarlo, sensibilidad para disfrutarlo: seres más empáticos hacen mejores personas, y si hay mejores personas, por lo tanto, habrá mejores lugares de trabajo. El contacto con el arte y con nuestra sensibilidad nos acerca, aunque sea un poco, a ese ideal. Es un modo de combatir el estigma de que los lugares laborales son pesados, rutinarios y deprimentes.

La paradoja del arte es que, a pesar de todas las invitaciones a la productividad, a la creatividad vista como un valor que conduce a los incrementos de indicadores medibles y cuantificables monetariamente, es elusivo. Vuelve a su inutilidad y ahí radica su encanto y su capacidad de alegrarnos. Emplear el arte utilitariamente puede llegar a desvirtuarlo, pues nuestra actualidad orientada a resultados tangibles explora y explota esa capacidad. Al introducirlo a nuestros ambientes laborales debe ir más allá de lo monetario y lo medible. El arte es nuestra gran ventana abierta: luz, misterio, imaginación. Y lo necesitamos para ser felices. ©